

CARTA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

AL PUEBLO UCRANIANO AL CUMPLIRSE LOS NUEVE MESES DE GUERRA

¡Queridos hermanos y hermanas ucranianos!

En vuestra tierra, desde hace nueve meses, se ha desatado la locura absurda de la guerra. En vuestro cielo retumban sin cesar el siniestro estruendo de las explosiones y el inquietante sonido de las sirenas. Vuestras ciudades son machacadas por bombas mientras lluvias de misiles causan muerte, destrucción y dolor, hambre, sed y frío. En vuestras calles, muchos han tenido que huir, dejando sus casas y seres queridos. Junto a vuestros grandes ríos fluyen ríos de sangre y lágrimas cada día.

Quisiera unir mis lágrimas a las vuestras y deciros que no hay día en que no esté cerca de vosotros y no os lleve en mi corazón y en mis oraciones. Vuestro dolor es mi dolor. En la cruz de Jesús hoy os veo a vosotros que sufrís el terror desatado por esta agresión. Sí, la cruz que martirizó al Señor sigue viva en las torturas observadas en los cadáveres, en las fosas comunes descubiertas en varias ciudades, en esas y en muchas otras imágenes sangrientas que han entrado en nuestras almas, que lanzan un grito: ¿por qué? ¿Cómo pueden los hombres tratar a otros hombres así?

Muchas historias trágicas que alcanzo a oír vuelven a mi mente. En primer lugar, las de los pequeños: ¡cuántos niños muertos, heridos o huérfanos, arrancados de sus madres! Lloro con vosotros por cada pequeño que, a causa de esta guerra, ha perdido la vida, como Kira en Odessa, como Lisa en Vinnytsia, y como cientos de otros niños: en cada uno de ellos la humanidad entera es derrotada. Ahora están en el seno de Dios, ven vuestros problemas y rezan para que terminen. Pero ¿cómo no sentir angustia por ellos y por todos aquellos, jóvenes y viejos, que han sido deportados? El dolor de las madres ucranianas es incalculable.

Pienso luego en vosotros, jóvenes, que para defender valientemente vuestra patria debéis tomar las armas en lugar de los sueños que habíais alimentado para el futuro; pienso en vosotras, esposas, que habéis perdido a vuestros maridos y mordiéndooos los labios seguís en silencio, con dignidad y determinación, haciendo cualquier sacrificio por vuestros hijos; en vosotros, adultos, que tratáis por todos los medios de proteger a vuestros seres queridos; a vosotros, ancianos, que en vez de tener un ocaso apacible fuisteis arrojados a la noche oscura de la guerra; a vosotras, mujeres que habéis sufrido violencia y que lleváis un gran peso en el corazón; a todos vosotros, heridos en cuerpo y alma. Pienso en vosotros y estoy cerca de vosotros con cariño y admiración por cómo enfrentáis pruebas tan duras.

Y pienso en vosotros, voluntarios, que os dedicáis cada día a la gente; a vosotros, pastores del pueblo santo de Dios, que -

a menudo con gran riesgo para vuestra seguridad- habéis permanecido cerca del pueblo, llevándole el consuelo de Dios y la solidaridad de los hermanos, transformando creativamente los lugares comunitarios y los conventos en alojamientos donde ofrecer hospitalidad, socorro y alimentos a quienes se encuentran en condiciones difíciles. Pienso nuevamente en los refugiados y desplazados internos, que se encuentran lejos de sus hogares, muchos de los cuales han sido destruidos; y en las Autoridades, por quienes rezo: tienen el deber de gobernar el país en tiempos trágicos y de tomar decisiones con visión de futuro para la paz y el desarrollo de la economía durante la destrucción de tantas infraestructuras vitales, en la ciudad y en el campo.

Queridos hermanos y hermanas, en todo este mar de maldad y dolor -noventa años después del terrible genocidio del Holodomor ["Matar de hambre"]- estoy asombrado de vuestro grande ardor. A pesar de la inmensa tragedia que está atravesando, el pueblo ucraniano nunca se ha desanimado ni abandonado a la lamentación. El mundo ha reconocido un pueblo audaz y fuerte, un pueblo que sufre y ora, llora y lucha, resiste y espera: un pueblo noble y martirizado. Sigo estando cerca de vosotros, con el corazón y con la oración, con preocupación humanitaria, para que os sintáis acompañados, para que no os acostumbréis a la guerra, para que no os quedéis solos hoy y sobre todo mañana, cuando tal vez llegará la tentación de olvidar vuestros sufrimientos.

En estos meses, en que el rigor del clima hace aún más trágico lo que estáis viviendo, quisiera que el cariño de la Iglesia, la fuerza de la oración, el amor que tantos hermanos y hermanas en todas las latitudes os tienen, fueran caricias en vuestra cara. Dentro de unas semanas será Navidad y la estridencia del sufrimiento se sentirá aún más. Pero quisiera volver con vosotros a Belén, a la prueba que tuvo que afrontar la Sagrada Familia aquella noche, que sólo parecía fría y oscura. En cambio, la luz vino: no de los hombres, sino de Dios; no de la tierra, sino del cielo.

Madre vuestra y nuestra, Señora Nuestra, vela por vosotros. A su Inmaculado Corazón, en unión con los Obispos del mundo, he consagrado la Iglesia y la humanidad, especialmente vuestro país y Rusia. A su Corazón de Madre presento vuestros sufrimientos y vuestras lágrimas. A ella que, como escribió un gran hijo de vuestra tierra, "trajo a Dios a nuestro mundo", no nos cansemos nunca de pedir el ansiado don de la paz, en la certeza de que "nada es imposible para Dios" (Lc 1, 37). Que él cumpla las justas expectativas de vuestros corazones, sane vuestras heridas y os dé su consuelo. Estoy con ustedes, rezo por ustedes y les pido que oren por mí.

Que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

Roma, San Giovanni in Laterano, 24 de noviembre de 2022

FRANCISCO